

EDGARDO COZARINSKY

Nuevo museo del chisme



para Alberto Manguel

NOTA

Este *Nuevo museo del chisme* enriquece el ensayo introductorio con aportes de Alfonso Reyes, Joseph Conrad y Georg Simmel que el autor no conocía cuando apareció el *Museo del chisme* original. Agrega también una sección —“De las reservas del museo”— con veinticinco nuevos, minúsculos relatos que prolongan los “Cuadros de una exposición”.

Resumo la genealogía de este libro. En 1973, una primera versión de “El relato indefendible” me deparó el honor de compartir un premio literario con José Bianco. Ampliada, corregida en la puntuación más que en el vocabulario o los temas, una nueva versión de ese ensayo apareció en francés, supuesto fruto de mi frecuentación de un seminario de Roland Barthes, y en español en un volumen colectivo, editado en 1977 en Madrid por Julián Ríos.

Décadas más tarde, la insistencia de amigos curiosos por conocer ese texto vuelto inhallable me decidió a publicarlo, con mínimos retoques, sin que haya intentado aliviar cierto aborde académico de temas y conceptos, injustificado en la prosa de alguien que no ha cultivado las disciplinas universitarias.

Tal vez para mitigar ese atisbo de pedantería, añadí a ese ensayo una sección que, con la excusa de ilustrarlo mediante una ambigua selección de anécdotas, se aplica a cuestionar la noción, voluble si las hay, de chisme. El placer de reescribir en

la forma más concisa posible esos embriones de ficción, a partir de fuentes impresas u orales muy dispares, resultó ser un nuevo, modestísimo avatar de placeres que aprendí en las antologías de Borges y Bioy Casares. Y, al mismo tiempo, un intento de cumplir con el antiguo deber de dejar un rastro, una huella de parte de lo que me tocó oír y ver, no solo leer, en mi paso por este mundo.

E.C.,
noviembre de 2012

CUADROS DE UNA EXPOSICIÓN

*Considerar que muchas cosas
son insignificantes, y que todo significa.*

KARL KRAUS,
Dichos y contradichos

1

En sus excursiones sexuales por el norte de África, André Gide solía decir a los chicos con quienes se divertía: “Tú no tienes por qué saberlo pero en Francia soy un escritor muy conocido, aun famoso. Cuando conozcas a otros franceses, cuéntales que has estado conmigo para que vean que conoces a gente importante, para que te respeten”. Impresionados, agradecidos, los chicos le pedían su nombre. El afable y calvo señor de lentes respondía invariablemente: François Mauriac.

Fuente: oral, Bernard Minoret, París, 1982.

2

Adolfo Bioy Casares solía recordar las muertes por gula que habían coronado la vida de algunos intelectuales. En la Argentina el historiador Carlos Alberto Erro falleció después de haber vaciado en medio de la noche el contenido de su heladera y el profesor de Filosofía Francisco Romero, después de haber ingerido el asado organizado en su honor por un grupo de intelectuales uruguayos. Entre las “últimas palabras” menos prestigiosas que registra la Historia, mencionaba las pronunciadas por el gran poeta católico Paul Claudel: “¿Qué opina, doctor? ¿Habrá sido el salchichón?”.

Fuente: oral, Adolfo Bioy Casares a E.C., 1995; luego impresa: *Descanso de caminantes*, Buenos Aires, 2001.

El 1º de julio de 1942, la embajada británica en El Cairo y las fuerzas armadas de Su Majestad apostadas en Egipto, alarmadas por el avance desde Tobruk de las tropas del mariscal Rommel, anuncio de una ocupación inminente, decidieron quemar todo documento que no debía caer en manos enemigas. La operación fue realizada con tanto apresuramiento, echando al fuego tantos documentos al mismo tiempo, que muchos de ellos, impulsados por el calor de los incineradores, volaron muy alto sin consumirse totalmente, esparciendo sus restos chamuscados. Así fue como dos o tres días después de ese “miércoles de ceniza”, como la fecha pasó a ser recordada por los cairotas, el transeúnte que compraba un cucurucho de maníes a un vendedor ambulante solía recibirlos envueltos en una hoja de papel donde se podía leer un texto mecanografiado, en inglés, rubricado por los sellos “reservado”, “confidencial” o “secreto”.

Fuente: Artemis Cooper, *Cairo in the War*, Londres, 1989.

Como tantas esposas de artistas, Olga Knipper, actriz del Teatro de Arte de Moscú, conoció una prolongada, activa viudez: envejeció en el papel de Masha en *Las tres hermanas* y de Liubov en *El jardín de los cerezos*, personajes imaginados por su marido, Anton Pavlovich Chéjov.

La Knipper había confiado su prestigio a la compañía de Stanislavski antes que al talento de su marido. Ya en 1900, meses antes de casarse, lo apremiaba para que pusiera punto final a *Las tres hermanas*, cuyo texto le reclamaba el director (quien, en una primera lectura, iba a considerarlo irrepresentable). En el verano de 1903, visitó en Yalta a su marido enfermo y lo conminó a terminar *El jardín de los cerezos*; la salud declinante del escritor le dio la excusa ideal para que, una vez que este hubo entregado el manuscrito, le sugiriera descansar en ese soleado balneario del Mar Negro, lejos del frío de Moscú (donde hubiese podido interferir con los ensayos).

Fue así como, arrastrado al estreno, Chéjov vio en el escenario que su mujer lloraba copiosamente, a pesar de haber indicado que la obra debía representarse sin énfasis en lo patético, más bien en clave ligera. Al día siguiente, viajó a Alemania para seguir un tratamiento; allí iba a morir meses más tarde, a la edad de cuarenta y cuatro años.

Con más de noventa años de edad, la Knipper participó en 1958 en los festejos de las seis décadas de la fundación del Teatro de Arte. Poco antes, en París, le confiaba a otro de los últimos descendientes de la tradición teatral rusa: “Anton Pavlovich nunca entendió el sentido de sus obras”.

Fuente: oral, Sacha Pitoëff a Roger Grenier, París, c. 1962.

Invitado a la mesa de una distinguida anfitriona, Valéry sintió surgir, imperiosa, la emisión del gas, inevitablemente sonoro, imposible de reprimir. En el momento fatídico movió su silla para que el ruido de las patas sobre el parqué cubriese el de sus entrañas. El ardid, desde luego, fracasó. Ninguno de los invitados, imperturbables, se permitió una mirada, menos aun una sonrisa, pero minutos más tarde la dueña de casa, literata y *femme d'esprit*, comentó: “A veces hasta a un gran poeta le resulta difícil encontrar una rima”. (*Parfois même un grand poète a du mal à trouver une rime...*).

Fuente: oral, José Bianco, Buenos Aires, c. 1964.

6

[El emperador Tiberio] “se comportaba en forma aún más infame, tanto que apenas se lo puede relatar, y sobre todo creer. Se dice que había adiestrado a niños de muy tierna edad a quienes llamaba sus ‘pececitos’ para que jugasen entre sus piernas mientras nadaba y reanimaran de ese modo sus sentidos fatigados, saciados. Se llegó a decir que usaba a criaturas, no recién nacidas pero aún no destetadas, habituadas al seno materno, a quienes ofrecía su propio cuerpo, habituado como estaba a este tipo de lascivia por su edad y su temperamento”.

Fuente: Suetonio, *Vida de los césares*, III, 44.

“Me contó Gisèle Freund que, cuando Victoria Ocampo recibió en su casa de Buenos Aires, a pan y mantel, a Roger Caillois, le ordenó que se bañara todos los días. Un día la criada se descuidó, abrió el baño, y descubrió que Caillois, sentado junto a la bañera y leyendo un libro, hacía ruido agitando el agua con una mano para hacer creer que se bañaba”.

Fuente: Alfonso Reyes, *Anecdotario*, México, 1968.

Bertrand de Jouvenel tenía dieciséis años cuando llegó a la casa de verano de su padre para presentar sus respetos a la nueva mujer de este, la célebre novelista Colette. El año era 1920, la escritora tenía cuarenta y seis años y cuando su hijastro la vio por primera vez, en la playa, usaba uno de esos trajes de baño tejidos, de jersey negro, que estaban de moda en la época y al mojarse se adherían al cuerpo, en este caso a las abundantes formas de una madrastra.

Impresionada por la belleza del adolescente, sin hacer caso de su turbación, Colette lo tomó por la cintura, lo besó en la boca y lo llevó a una cabina para avanzar hacia un contacto más íntimo.

Pocas noches más tarde, interceptó al muchacho cuando este subía la escalera para ir a acostarse, con una lámpara de kerosén en la mano. Bertrand estuvo a punto de dejarla caer cuando la madrastra volvió a besarlo en la boca. “Mantenla siempre derecha” fue lo único que le oyó decir a la escritora.

Henry de Jouvenel entendió que le convenía casar pronto a su hijo y no tardó en hallarle una heredera interesante.

Fuente: oral, Nicole Stéphane, París, 1985.

Marta Skavronski, hija de padres polacos calvinistas, había nacido en 1684 en Livonia, planicie báltica disputada entre Prusia y Rusia. Era sirvienta en una granja cuando la violaron por primera vez durante la guerra entre Suecia y Rusia. Gracias a un suboficial sueco que se casó con ella, evitó ser reclutada para un prostíbulo castrense; ese matrimonio, sin embargo, resultó falaz: el marido la vendió a un militar livonio que la obligó a prostituirse. Liberada por el ejército ruso se refugió en Marienburg, donde halló empleo como ama de llaves en casa de un pastor. Allí la raptó una división de kalmuks y más tarde la volvieron a liberar los rusos. De protector en protector, terminó como sirvienta en casa del mariscal Cheremetiev, donde llamó la atención de Aleksander Menchikov, quien la compró al anciano oficial y la llevó a Moscú. Marta ya había cumplido diecisiete años y decidió adoptar el nombre de Catalina.

El mejor amigo de Menchikov, al verla, se enamoró de ella y la llevó a San Petersburgo. Allí se casaron en secreto en 1707 y, en 1712, previa conversión de la novia a la religión ortodoxa, repitieron la ceremonia en público. El marido era el zar Pedro el Grande. A su muerte en 1725, Catalina subió al trono como Catalina I, reinó durante los dos años que le quedaban de vida y así inauguró la serie de grandes zarinas del Imperio: tras un período de confusas, breves sucesiones, fue su hija Elisabeth Petrovna quien reinó dos décadas, entre 1741 y 1761, y tras el infausto paso por el trono de Pedro III fue su nieta Catalina II, “la Grande”, quien lo ocuparía de 1762 hasta 1798.

Fuentes: diversas, Louis-Philippe de Ségur, Ettore Lo Gatto, Vera Makarov, Joseph Brodsky.